



Crímenes

que no olvidaré *Alicia
Giménez Bartlett*

DESTINO

Crímenes que
no olvidaré

Alicia Giménez
Bartlett

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1313

© Alicia Giménez Bartlett, 2015

© Editorial Planeta, S. A. (2015)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2015

ISBN: 978-84-233-4883-1
Depósito legal: B. 26.611-2014
Impreso por Cayfosa
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Muerte en el gimnasio	9
La voz de la sangre	37
El caso del lituano	87
Petra en Navidad	119
Petra en agosto	153
Princesa Umberta	189
Carnaval diabólico	231
Parecido razonable	279
Tiempos difíciles	313

Cocido, el tipo estaba cocido. No quiero decir cocido o frito en el sentido coloquial de muerto, me refiero a cocido de verdad, cocinado, como pueda estarlo una langosta a la americana o un pollo a la papillote. Muerto también estaba, naturalmente, pero uno puede morir de muchas maneras, y ésta era realmente inusual. Tenía los párpados contraídos y la piel... En fin, un espectáculo muy desagradable. Había pasado la noche entera encerrado en la sauna de aquel gimnasio con la temperatura a todo meter. La puerta, cerrada con llave desde fuera, y la llave puesta en la cerradura. ¿Un accidente, alguien cerró por casualidad? Improbable, mucho menos con el vapor graduado a aquellos grados insostenibles. El forense dijo que le había fallado el corazón, mejor para él. Me impresionó verlo al principio, después... todos los muertos tienen puntos en común, desde los que mueren por violencia hasta los que lo hacen tranquilamente en su cama. El tipo era feo hasta los tuétanos, supongo que igual que cuando estaba sin cocinar. De unos treinta y tantos, cetrino, con rasgos vulgares. Se llamaba Pepe Ruiz. Guardia de seguridad en una discoteca, «sinónimo de hijoputa», dijo el subinspector Garzón, «Los conozco perfectamente, tipos que se pavonean cuanto pueden, gallitos de pelea. Un uniforme vistoso, una pistola al cinto, todos se creen Gary Cooper o Superman. Especialis-

tas en broncas y peleas, incluso en organizarlas cuando no las hay.»

La dueña del gimnasio confirmó semejante visión. «Un hombre difícil», se limitó a diagnosticar, pero luego fuimos tirando de la manta. Todos en el gimnasio estaban hasta las narices de él. Pendenciero, jactancioso, provocador... Incluso había tenido con los otros clientes algún altercado, alguna palabra malsonante. Al monitor de la sala le había lanzado una pesa en una ocasión. Se paseaba entre las mujeres mirándolas de arriba abajo con toda desfachatez. A nadie le caía bien y, para colmo, era siempre el último en marcharse. En fin, no se organizaría ningún responso fúnebre en su honor; pero de eso a que alguien se lo cargara... La dueña no había querido echarlo para evitar una mala impresión de cara al negocio, pero lo había amonestado más de una vez. Era lógico pensar que tampoco se hubiera atrevido a encararse con un tío tan animal. Todos atribuían su comportamiento a una cuestión de inteligencia, era casi un *borderline*. Garzón me pidió explicaciones sobre el vocablo. Fue fácil hacerlo: «Se trata de una palabra inglesa que sirve para no decir abiertamente que alguien es medio subnormal». Le encantó. Una lengua muy caritativa, el inglés. Un *borderline*. Mentas que están en la línea que separa la normalidad de la estupidez. Garzón me aseguró que iba a incluir la palabra en su vocabulario, hay mucho *borderline* por ahí.

El interfecto era soltero y vivía con su madre viuda. Nos acercamos a visitarla a su casa, un piso cutre cargado de flores secas y tapetes de ganchillo. Era una vieja y estaba hecha cisco, lo natural. Lloraba como una Magdalena, le habían matado a su *borderline*. Según su versión maternal, el *border* era perfecto. Un muchacho amable, trabajador, delicado. ¿Violento?, ¡jamás!, sólo que en su trabajo se veía obligado a meter en cintura a mucha escoria. Al final todo el mundo comprendía su buen fon-

do. No tenía novia porque se había dedicado en cuerpo y alma a cuidar de su madre. Era el mejor de los hijos. Estaba empezando a cansarme de verla llorar. No es plato de gusto ver llorar a una vieja, siempre produce asco o compasión. Me la quité de encima lo más pronto que pude. Me pedía justicia, como si eso se llevara en la cartera. Hubiera podido ofrecerle un cigarrillo, pero poco más. Sin embargo, Garzón la escuchó aún durante un buen rato.

—Una madre es una madre —me dijo después.

—Por fortuna, no hay madre que cien años dure —le respondí. Se escandalizó un poco, por no variar. Le resultaba inconcebible que yo, siendo una mujer, atacara ciertos conceptos. Le parecía una contradicción, o simples ganas de molestarlo, lo cual a veces era verdad.

Lo primero que había que considerar eran los elementos materiales del caso. A saber, la localización. Pequeña sauna situada en el vestuario de caballeros, provista de una llave capaz de cerrar por dentro y por fuera. Es evidente que cuando había alguien tomando un baño de vapor nadie cerraba por fuera. Ni una huella dactilar. Las damas contaban con otra sauna aparte. Un sistema tan amplio que nos llevaba a pensar que cualquiera de los hombres hubiera podido ser el asesino de Pepe Ruiz, si bien aquella posibilidad se hacía mayor cuanto más tarde se hubieran marchado del gimnasio. La señora de la limpieza empezaba a trabajar a las diez, pero no lo vio. Sólo arreglaba la sauna una vez a la semana, el resto del tiempo ni la abría. ¿No se fijó en que del cuartito salía calor? Greñuda, aún joven, no muy agraciada, presentaba el aspecto de tener sus propios problemas, quizá los principales de manutención. No estaba en sus costumbres andar perdiendo el tiempo ni permitirse excesos como la curiosidad. La dueña nos dijo que tenía cuatro hijos y un marido alcohólico. Comprendí su falta de intriga. La sauna se comunicaba con el exterior por me-

dio de una ventanita acristalada colocada a una altura ligeramente superior a la de los ojos. Cualquiera hubiera podido asomarse para ver si la concha contenía caracol, pero nadie lo hizo. Tal cosa llevaba a conjeturar que la fechoría había partido de las últimas personas presentes en el gimnasio. Si hubieran encerrado a Ruiz a una hora temprana, alguien habría acabado por darse cuenta de que el pobre desgraciado estaba allí.

—Cuenta usted además con la discreción —le objeté al subinspector—. Cuando uno sabe que hay una persona desnuda en una pequeña habitación, siempre es violento ponerse a mirar.

Garzón lo consideró despacio.

—Encima... —añadí—, tengo entendido que entre los caballeros hacer esas cosas comporta el riesgo extra de ser considerado sospechoso de afeminamiento, algo así como buscar plan.

—No se me había ocurrido, pero aun suponiendo que eso de la discreción fuera verdad, alguien hubiera podido necesitar la sauna, o extrañarse de verla tanto rato en funcionamiento. Es casi imposible que nadie lo hubiera advertido. No, a ese tipo lo encerraron al final de la tarde.

En ese caso estaba muy claro lo que sucedió: la víctima se había metido en la sauna por propia iniciativa dejándose las llaves insertadas por fuera. Una vez dentro se durmió. Después, alguien descubrió que el tipo estaba allí como un angelito, dio vuelta a las llaves, subió a tope la temperatura del vapor y se largó. ¿Por qué el *borderline* no chilló o intentó salir? Quizá por su propia estupidez, aunque sería más plausible pensar que, debido al calor, se desvaneció, de modo que pasó del sueño a la muerte con inconsciente placidez.

Tan claro como lo acontecido estaba lo que debíamos hacer. Ordené a Garzón que averiguara quién había entrado en el gimnasio a partir de las seis. Cometido bien

fácil, una máquina electrónica se encargaba de marcar en el carné del asociado el momento de ingreso y lo mismo sucedía a la hora de salir. Estaba también la recepcionista, que se iba a las diez, una chica muy mona que lloraba todo el tiempo. Me sorprendió tanto que lo hiciera que le pregunté el porqué. «No me gusta que la gente se muera», fue su respuesta. Me conmovió, con sus ojos azules y grandes, la expresión juvenil... Eso me demostró que la piedad no la infunden la fealdad ni la vejez, y que se equivocan los que piensan que las miserias del mundo le importan a alguien realmente. Y bien, en cualquier caso el testimonio de la desconsolada recepcionista coincidió con el listado de la máquina: once socios masculinos habían ido la tarde de autos a partir de las seis. De ellos, siete salieron una hora después tras haber asistido a una clase común de gimnasia. Cuatro fueron por tanto los que quedaron en el gimnasio. Uno salió a las ocho, otro a las ocho y media y los dos últimos se fueron casi al mismo tiempo, a las nueve menos cuarto.

Descartamos para empezar a la tropilla de alumnos gimnásticos. Las siete de la tarde era una hora muy temprana para que su declaración sobre el estado de la sauna pudiera considerarse de interés. Iniciamos un interrogatorio cauteloso dirigido a los dos penúltimos socios. El que salió a las ocho era un estudiante de bachillerato con la cara salpicada de pequitas. Creo que, en el cómputo total, él hizo bastantes más preguntas que Garzón. ¿Tienen algún sospechoso? ¿Creen que se trata de una venganza personal? ¿Conocen a los polis que arrestaron al violador del Ensanche? ¿Utiliza la policía el sistema internet? Muy espabilado, el chaval, quizá hubiéramos debido contar con él para llevar la investigación. Sólo que, llegado el momento de aportar algún dato, el muchacho se rajó. No recordaba si la sauna estaba funcionando, ni si había alguien dentro, ni vio aquella tarde al difunto, en fin, que como elementos clarividentes sólo contaba

con su curiosidad. Le dejamos marcharse sin temores, aún hay pocos niños asesinos en España, hacen falta muchos años de civilización sofisticada para alcanzar cierto nivel en ese sentido.

El afiliado de las ocho y media era un luchador de karate que ejercitaba sus músculos cada día en sesión individual. Bajo, fornido como el contrafuerte de una iglesia románica, no tuvo inconveniente en mostrarle al subinspector algunos detalles de su ciencia. Primero, lanzó un puño al aire con tal velocidad que fue difícil saber si se había movido. Después dio unos pasos de baile en estado de total concentración y acabó la pirueta levantando la pierna por encima del hombro. Estuvimos a punto de aplaudir. No podía creer que dos policías como nosotros careciéramos de cualquier preparación en artes marciales. Para mitigar la sensación de inferioridad que nos recorría le contestamos que nuestras armas eran psicológicas. Aparentemente se conformó con esa explicación. Cuando le preguntamos si había tenido algún altercado con Pepe Ruiz, sonrió comprobando que no habíamos entendido nada.

—Los expertos en karate debemos evitar cualquier violencia o discusión. Si perdiéramos mínimamente el control de nuestros nervios podríamos matar a alguien de un solo golpe.

Él había presenciado a la víctima pavoneándose, hinchando bíceps ante mujeres, lanzando miradas altaneras a chicos más débiles y jóvenes. Por muy subnormal que fuera, se mostraba lo suficientemente listo como para no buscar gresca con aquellos que podían pararle los pies. Pues sí, parecía verosímil que un hombre como el karateca, metido por completo en la mística de su entrenamiento, no hubiera prestado demasiada atención a aquel matón de barrio y no tuviera por tanto ningún motivo para asesinarlo. De haber querido meterlo en vereda, le habría bastado con propinarle algún que otro fulminan-

te mamporro oriental. Determinada la ausencia de móvil, sondeamos su memoria en busca de precisiones; y con buena fortuna, ya que recordaba que la sauna estaba funcionando cuando él salió. También se mostraba seguro de que no había dentro ningún afiliado. Él mismo tuvo el momentáneo pensamiento de tomar una sauna, pero después lo descartó.

—No es bueno el reblandecimiento de los músculos, ya sabe —dijo mirando a Garzón con complicidad. Mi subordinado le devolvió la mirada preñada de conocimiento, como si en realidad se hubiera pasado la vida entera atento a la textura de su masa muscular.

Pues, bueno, si aquel karateca no tenía razones para matar a nuestro muerto, tampoco las tendría para mentir, lo cual llevaba a partir de una base más sólida: el encierro se había producido en las últimas horas abiertas al público, es decir, entre las ocho y media y las diez. Porque, aunque los dos últimos socios se hubieran marchado a las nueve menos cuarto, aún nos quedaban como posibles sospechosos la señora de la limpieza y el monitor. Perfecto, el terreno se acotaba, así que decidimos organizar un nuevo interrogatorio con los dos últimos clientes del gimnasio. Sentí una punzada de pasión por saber con qué clase de caracteres nos encontraríamos. Me sucede siempre en momentos parecidos, también cuando abro el buzón de las cartas cada mañana. Es un ramalazo fugaz pero potente, como si las posibilidades de lo desconocido fueran a resolverse en fascinantes sorpresas que se opongan a la rutina de la vida habitual. Luego, lo más probable es que nunca se cumplan tales palpitos, que los sospechosos resulten vulgares y aburridos, y que en el buzón sólo aparezcan notificaciones del banco y recibos de la luz. Como así ocurrió al día siguiente. ¿Vulgares y aburridos? Es demasiado decir, pensándolo con más detenimiento quizá no estuvieran tan mal.

Nos entrevistamos primero con Mateo Serrano, atareado ejecutivo de una multinacional. Glamuroso, distinguido, cuarentón, había conseguido a fuerza de gimnasio tener el vientre plano y unos pectorales abultados que hacían elevarse su corbata italiana de un modo llamativo. Se mostraba fastidiado y renuente. No creo que le hubiera impresionado la muerte de aquel lumpen, más bien se dolía de la pérdida de tiempo que comportaban los interrogatorios. Era como quien deplora que un suicida elija su tren para tirarse tan sólo por el retraso. También se quejaba de haberse apuntado a un gimnasio que admitía como socios a tipos como Pepe Ruiz. «Es que me coge cerca del trabajo», se disculpó. Cuando le hube dado margen suficiente para enumerar su lista de agravios hacia el destino, empecé a preguntar. A partir de entonces sus quejas se tornaron escándalos. ¿Hablar él con la víctima alguna vez? ¡Absurdo! ¿Un altercado? Me miró como si estuviera bromeando. De hecho, no era muy verosímil representarse a un hombre tan ocupado metido en discusiones porteriles. Probando que quizá dijera la verdad estaba su expresión cada vez que mencionábamos al muerto. En esos momentos se pintaba en su cara un rictus similar al que todos solemos poner en presencia de una araña, un reptil o cualquier otro animal menor. Y es sabido que uno no discute con arañas, se limita a apartarse de su camino o a darles un mandoble con el periódico, en este caso el *Financial Times*. Por supuesto lo había visto con cierta frecuencia, pero jamás habían entablado el más mínimo atisbo de conversación, ni tan siquiera un «hola». A la cuestión de si antes de irse pudo comprobar su presencia en la sauna, contestó con un lacónico «No me fijé».

Dimos provisionalmente por buena su declaración, y pasamos al siguiente sospechoso. Se trataba de una especie de reverso medallero del anterior. Treinta años, aspecto apacible, despacioso, tranquilo, barbado, místicoide y de ojos ingenuos. Psiquiatra de día en una institución

hospitalaria. Anteponiendo mi ignorancia al deber, hice que me explicara la especificación diaria de su cargo. ¿Acaso el ser humano tiene distintas psicologías según sea de noche o haga sol? Sonrió comprensivo. No, «de día» sólo quiere decir que las consultas son ambulatorias. Debido a su juventud, aún no contaba con la experiencia necesaria para hacerse cargo de pacientes hospitalizados. Lo cual no significaba que de mentes humanas no supiera un montón. Realizó un cumplido retrato de la del cadáver.

—A las claras se notaba que era un hombre conflictivo y no muy inteligente.

—¿Un *borderline*? —interrumpió Garzón marcándose un tanto.

—Quizá es excesivo llamarlo *borderline*, pero sin duda tenía una limitada capacidad de raciocinio, así como también una mermada aptitud emocional. Con el comportamiento agresivo no hacía más que llamar la atención sobre su dificultad para relacionarse y ganar amigos. Apuesto a que no tenía novia, ¿verdad?

—Eso parece.

—Siempre suele ser así, individuos inseguros, pero conocedores de sus limitaciones. Si hubiera conseguido algún vínculo amoroso, hasta habría acabado avergonzándose de él. El miedo a ser heridos les lleva a atacar, es un modo de pedir ayuda.

—¡Joder! —exclamó el subinspector quizá un poco inconveniente.

—¿Y de la psicología del asesino barrunta usted algo? —inquirí.

—No tengo ni idea, si ustedes no me dicen quién es...

—Pues los americanos componen perfiles de posibles asesinos basándose en sus actos.

—Eso ya es para un sobresaliente, inspectora. Les aseguro que aquí la Seguridad Social no nos pide semejantes maravillas.

Estuve a punto de disculparme con humildad hasta que de pronto me percaté de que aquel tipo, psiquiatra o bombero, no estaba allí como experto sino como sospechoso. Cambié el tono de la charla y me dediqué a averiguar qué plausibles ofensas podía exhibir aquel hombre contra Pepe Ruiz. Todo fueron negativas. Su paciencia y pericia profesional le había mantenido siempre bien lejos de darle motivos al muerto para que no se enzarzara en ninguna discusión.

—¿Qué podía tener yo contra él? Al fin y al cabo, era el único en comprenderlo. Nunca se metió conmigo, y yo, fuera de saludarlo, jamás le hablé.

—¿Lo vio entrar en la sauna?

Hubiera sido demasiada felicidad. No, no lo vio, pero sí le dio la impresión de que se quedaba en la sala de musculación mientras él salía hacia las duchas. Aquel era un dato importante, sobre todo si resultaba verdad. Por fin alguien se había fijado en que Ruiz permaneció más allá de las nueve y algo haciendo gimnasia. Es decir, que si la versión no era interesada, tuvo que entrar en los vestuarios a partir de esa hora y, entre esa hora y las diez, ingresó en la sauna definitivamente para entregar su alma al vapor.

—¿Cree que miente el psiquiatra? —me preguntó mi compañero.

Nadie puede negar que un psiquiatra es la persona idónea para mentir: conocimiento de las reacciones ajenas, control de las propias... Lo malo venía al pensar en el móvil. Garzón convino conmigo en que nos movíamos sobre unas razones demasiado primarias para que casaran con la sofisticación que habían demostrado nuestros encartados. Semejante ejecutivo metiéndose en líos para devolver el agravio de un insulto o guantazo... Aquel médico joven cociendo débiles mentales... A no ser que el intrínquilis recayera sobre la existencia de un móvil oculto. Variando esa premisa, algunas cosas si-

nistras podían aflorar; que el ejecutivo encubriera una relación homosexual con el muerto, que el facultativo lo hubiera tratado alguna vez como paciente y quisiera ocultar un episodio vergonzoso...

—Haga usted indagaciones sobre las vidas de esos dos hombres, subinspector.

Mientras se quitaba la tapa de las presuntas ollas podridas, debíamos seguir con los móviles más rudimentarios; es decir, la mentada de madre y el coscorrón. De entre el poco material sospechoso que nos quedaba, el auténtico rey de la bronca era el monitor. Él sí había mantenido encontronazos públicos con Ruiz, le había reconvenido por sus actitudes, en ocasiones le mandó callar, y, en aquella suprema trifulca que nos habían contado, fue el objeto de la agresión más bestia que la víctima se permitió: la pesa voladora de dos kilos. No ocultó su animosidad hacia el difunto.

—Estaba hasta los cojones de él —declaró desde el centro de las dos moles que eran sus hombros—. Aparte de estar siempre buscando pendencia, de molestar a la gente, de hacerse ver todo lo que podía, algunos días me tocaba salir más tarde por su culpa.

—¿Cómo es eso?

—A última hora hacen máquinas las chicas de un equipo de hockey, entrenamiento complementario. Se metía con ellas, en plan machista, las taladraba con los ojos. Llegaron a quejarse de que hasta había intentado fisgar en sus vestuarios. Las noches que estaba muy pesado yo solía quedarme hasta que ellas se iban.

—¿No entrenaron la noche del crimen?

—Sí.

—¿Y por qué no se quedó?

—Oiga, en realidad ellas nunca me pidieron ninguna protección, yo lo hacía porque quería, y no siempre. Aquella noche daban un buen partido de fútbol en la tele y como comprenderá...